

desprovista de intuición. O lo que sería igual, y siempre empleando su propio lenguaje: una acentuación de lo homogéneo, que es lo propio del pensamiento lógico, y una disminución de lo heterogéneo, que es lo propio de la lírica. Es sabido que Machado tenía pocas simpatías por el arte barroco al que conceptuaba de exterior y de «escolástica rezagada». Desaprobó a un tiempo y por la misma razón al conceptismo y al culturanismo: ambos le parecieron abstractos, arte producto del arte y no de una realidad temporal viva. La poesía afín a su gusto tenía que ver con el cancionero y el romancero tradicional, Jorge Manrique, Lope, Bécquer, Juan Ramón Jiménez. Creo que podría decirse en cierto sentido que su visión del romanticismo, del que toma en el aspecto literario su reivindicación de lo popular, tiene que ver sobre todo con su amor por la poesía de tipo tradicional, pero no tomó de este movimiento de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, sus elementos modernos. Dicho de otra forma, lo popular se renueva en Alberti, Lorca y otros poetas de su tiempo porque leyeron a los barrocos y a los vanguardistas, desde el creacionismo a los surrealistas; mientras que Machado se mantuvo alejado de lo característico de nuestro siglo de oro y del primer tercio del siglo XX. Los ejemplos de lo peor del barroco los solía escoger de Calderón, y a veces de Góngora, poeta del que admiraba, sin embargo, varios sonetos, pero muy poco la *Fábula de Polifemo* y *Galatea* o las *Soledades*. De Góngora dijo algo que puede servir para entender luego ciertas preocupaciones filosóficas. Juan de Mairena, uno de sus heterónimos, vio su poesía, sobre todo los grandes poemas citados, como «arduo trasiego de imágenes generales», un «ejercicio de mera lógica». No se puede decir que lo que expresan sus heterónimos no se debe atribuir a Machado porque en realidad, tanto Abel Martín como Juan de Mairena son rostros del mismo Machado. Lo que sí permite esa diversidad de voces es el distanciamiento en el pensar, gracias a la ironía, el juego y el humor. Esos pensamientos son serios, pero son tentativas, no los juicios de alguien dogmático. Así, pues, este antibarroquismo extremo, que es desmentido sin embargo en muchos de sus propios poemas, sin que él se diera mucha cuenta de ello, le llevó a no entender a la generación de jóvenes que sucedió a los escritores del 98, la generación del 27 que, para colmo, tuvo como imagen tutelar a Góngora, nuestro gran escritor metafórico por antonomasia. No es que no le gustara nada de lo que hacían, pero disentía de la proporción escasa de intuición y del exceso de imagen que según él alimentaba sus creaciones. Leyó a Huidobro, pero le pareció horrible; elogió el primer libro de Gerardo Diego, pero con reservas, y dijo cosas muy tremendas de Jorge Guillén y Salinas. Su rechazo no fue total, como tampoco lo fue del barroco. Y no podía serlo porque el poeta Antonio Machado tuvo algo de barroco y

aunque no abusó nunca de las imágenes abstractas y siempre sujetó su imaginación verbal, sí se puede afirmar que escribió poemas en los que el elemento intuitivo, ese que según él señala un caso y una persona, estuvo disminuido en beneficio de una construcción más impersonal. Me atrevo a sugerir al paso que Machado no fue un gran lector de poesía. Que no se entienda esto como una crítica sino como un intento de comprenderlo en lo que fue. Le interesaron algunos poetas, es cierto, pero su ignorancia o desdén por los más –y entre ellos muchos de los más grandes de los poetas franceses o españoles– es notable. En alguna parte, el mismo Machado, hablando de sus lecturas, señala que ha leído, sobre todo, filosofía. Si le creemos y creemos al mismo tiempo a los que han estudiado su pensamiento, hay que concluir que leyó poco. ¿Es cierto? No lo creo, pero volvamos al tema.

El solitario Machado fue un hombre cordial y solidario. Su soledad no coincidía con ella misma ni se entregaba a solipsismos sino que, al volverse sobre sí, se descubría como presencia y carencia de algo: lo otro, el otro. Husserl había pensado que la subjetividad trascendental es justamente intersubjetividad; y Machado, que a veces trasegó con la fenomenología de Husserl, afirmó que la subjetividad ha de trascenderse en otras subjetividades a través de la cordialidad. Ni la conciencia ni el corazón, ese órgano metafórico de la sensibilidad más radical, pueden existir en sí mismos, son el ojo que ve, son lo que ve, y lo que ve cada persona es lo esencialmente otro que a su vez es siempre diverso, nunca homogéneo: la vasta realidad irreductible. La poesía aquí cumple la misión de expresar esa realidad, no por reducción, no por abstracción, sino gracias a su capacidad de atrapar el fluido temporal. El tiempo y sus criaturas son únicos, y esa unicidad irreductible es la que el poema trata de eternizar. Entre tiempo y eternidad hay una contradicción cuya expresión es la poesía misma: la poesía es expresión eterna, luego inmóvil, de algo temporal, es decir, de algo fluyente y pasajero. El «qué se hizo» manriqueño que sirvió de gran ejemplo a Machado, acentúa un tiempo concreto, ese y no otro, y al mismo tiempo nos hace sentir que ese tiempo es el «nuestro», un tiempo que ha de ser otro, pero a condición de que sea el mismo. Esta meditación, a la que volveremos luego, es una de las inquietudes que lleva a Machado a la filosofía, pero no para ser filósofo, sino para ser poeta de otra manera. No es una cuestión de desdén por la tarea de la filosofía, en absoluto, sino de orientación personal. Creo que Antonio Machado quiso ser siempre poeta y que esta concepción de la palabra otorgó a sus meditaciones un matiz decisivo. Alguna vez afirmó que pensar era andar de calleja en calleja hasta dar en un callejón sin salida. Ese punto sin salida es el propicio para el salto metafísico o el poético, tal vez el de ambos.